

EL ECO DE LAS BARRICADAS.

HOJA DEMOCRÁTICA.

MADRID: 411.

PROVINCIA: 511.

A LOS SUSCRITORES.

DE MADRID Y LAS PROVINCIAS.

Rogamos á todos nuestros abonados se sirvan comunicarnos cuantas faltas esperimenten en el recibo de El Eco, pues organizadas ya nuestras oficinas, tendrán inmediato correctivo.

SOBERANÍA DEL PUEBLO.

Y SUS LEGÍTIMAS CONSECUENCIAS.

La soberanía del pueblo ha sido reconocida por todos como el principio proclamado por la revolución; el hecho fundamental y decisivo sancionado por su triunfo: hecho universalmente reconocido y aceptado; que tendrá su forma legal y necesario complemento en la obra de reparación y libertad á que darán cima las Cortes constituyentes.

La soberanía del pueblo es el reconocimiento expreso y terminante del principio que todo poder emana del pueblo; del derecho que tiene el pueblo á gobernarse á sí mismo, y del que es una consecuencia necesaria de estos el que tienen todos los ciudadanos de tomar una parte activa en los negocios públicos.

De otra manera, ¿qué sería la soberanía del pueblo? Si solo votasen los que pagan contribución directa, la soberanía del pueblo se convertiría en soberanía del capital; si solo votasen los de reconocida inteligencia, los de reconocida capacidad, entonces sería la soberanía del talento. Y al fin de la sociedad no contribuyen solo los hombres con capital, los hombres de talento; contribuyen también, y son tan absolutamente necesarios los hombres de trabajo. Aun más; el hombre que paga 600 ó mas reales de contribución indirecta que paga con su persona la contribución de sangre, que es ciudadano para alistarse en las filas de la Milicia Nacional y defender á su patria en momentos de peligro, ¿por qué no ha de tener el derecho primordial del ciudadano el derecho inherente á la cualidad de hombre; y ha de ser postergado á otro por solo pagar este su contribución en la forma directa?

La Asamblea constituyente, proclamando como principio fundamental de la reorganización política del país la soberanía del pueblo, deberá reconocer como única manifestación legítima de esta soberanía el sufragio universal, el derecho imprescriptible reconocido á todos los españoles con razón suficiente para manifestar su voluntad de intervenir en adelante en los negocios del Estado, de elegir y votar sus representantes, sus delegados, donde quiera tenga que enviarlos; al Congreso, á la Diputación provincial ó al Ayuntamiento.

Proclamada la soberanía del pueblo, es una legítima consecuencia de este principio fundamental la soberanía del ciudadano, entendiéndose por esta el desarrollo completo de todas las facultades del hombre en todas las esferas de acción. La Asamblea constituyente deberá reconocer por tanto, sin trabas y sin límite alguno, las libertades individuales; deberá declarar inviolables: la de conciencia, la de imprenta, la de reunión, la de petición, la de enseñanza, la de sufragio, la de trabajo y la de asociación.

Derogadas todas las leyes anteriores que limitasen, que regulasen el ejercicio de estas libertades, proclamara la seguridad individual sagrada; como única garantía posible de la libertad del ciudadano.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

Al principiarse ayer la sesión, los señores conde

(4) Manifiesto de la Unión liberal.

de las Naras y Pomés rogaron á la mesa que hiciese constar sus nombres en el Diario de las Sesiones entre los que votaron en contra de la proposición monárquica de San Miguel y compañeros mártires. El número, pues, de los que la rechazaron por inoportuna y reaccionaria, asciende á esta fecha á 24; número escaso, es verdad, si se compara con el de sus adversarios; pero ¿qué importa? menos eran los progresistas que figuraban en los últimos congresos moderados; y sin embargo, de la noche á la mañana la revolución les dió triunfo.

El señor Pomés preguntó al gobierno si respetaba la independencia de los votos que se dijesen en el sagrado recinto de las leyes. El señor ministro de Gracia y Justicia contestó que no tenía obligación de decir en el seno de la Asamblea la opinión del gobierno sobre el particular.

El señor Gaminde pidió también explicaciones sobre la cuestión de presupuestos, y reclamó del señor ministro de Hacienda que dijese categóricamente cuándo pensaba presentarlos al examen de la Asamblea. ¿Qué contestó el Neker revolucionario de nuestros monárquicos tiempos? palabras, palabras y nada más que palabras.

Esperad, pueblos, esperad, que todo llegará á su día. Antes que vuestros intereses estands del trono, dejad que la mayoría asegure los de nuestra graciosa reina, y entonces acaso hará algo en favor vuestro.

Fué tomada en consideración una proposición de los señores Oransea y Pomés en que pedían se exigiese la responsabilidad á todos los ministros que desde 1845 hubiesen infringido las leyes; proposición que apoyó con mucha energía el segundo de los autores.

Otra proposición del señor Pomés, en la cual pedía que la Asamblea celebrase sus sesiones en el palacio del Senado, fué desairada. Asimismo lo fué otra presentada hace días, indicando que como supremo poder del Estado, pudiese aquel cuerpo nombrar el gobierno de la nación. Enérgico, elegante y conciso, el señor Ruiz Pons demostró palpablemente al Congreso todo el valor de su soberanía, de la cual hasta cierto punto había abdicado en la sesión del día anterior; y salió á la defensa del partido republicano, calumniado tantas veces y hasta en aquel mismo recinto por sus enemigos.

Tal fué la sesión de ayer, que ha caracterizado aun mas el color de la actual Asamblea.

Señor San Miguel, ¿qué ha hecho V. E. de su buen juicio? La cuestión monárquica no es cuestión, dice V. E.; cómo, pues, V. E. la propone? cómo, pues, toma V. E. la palabra para mover el ánimo del Congreso á que tome en consideración su bello pensamiento? No le desengañó á V. E. la discusión á que dió luego motivo su entusiasta perorata? ¿tampoco la votación? Ya se ve que no hubo en contra sino 19 votos; mas, ¿le parece á Vd. poco no habiéndose votado aun á los diputados por una ley electoral amplia y verdaderamente democrática?

El gobierno, ha dicho V. E., ha sido siempre el gobierno de S. M. la reina. ¿Cómo nos explicará entonces V. E. el hecho de haber el gobierno estrañado por sí y ante sí del reino á doña María Cristina, que como V. E. sabe, es madre de Isabel II? ¿Qué interpretación dará V. E. á las palabras con que indicó Espartero que una de las condiciones impuestas por él á la monarquía había sido la de que se sujetara en todo á la voluntad del Pueblo?

Si viera V. E. cuán mal sienta á su edad hacerse el paladín de una reina dotada de tanta juventud y tanta gracia! Para un general como Prim, misión magnífica; mas para vos, anciano venerable!

Verdad es que como V. E. está en que el trono de doña Isabel es lo único que puede darnos la felicidad, y detrás de él no hay sino ruinas, y dentro

de él cabe todo y á nadie se repele... mas ¿cómo V. E., historiador, puede tan pronto olvidar nuestra disgraciada historia? Ignora acaso V. E. que llevamos ya veinte años de reinado de Isabel II y no hemos gozado hasta ahora ni de un solo momento de ventura? ignora V. E. que con este reinado han empezado precisamente esas ruinas que V. E. teme? ignora que en él ha habido largos años en que no ha cabido ni siquiera V. E., en que hasta V. E. ha sido repelido?

Dice V. E. que el deseo de la reina es el de rodearse de buenos consejeros. Deseo santo, señor San Miguel; mas hasta hoy no lo ha tenido? lo cree así V. E.? En medio de la lucha de los partidos legales, en que está dividida España, cree V. E. que los buenos consejeros son solo los que salen de sus filas? ¿Cómo no advierte V. E., que por tan entendido pasa, que los buenos consejeros para la reina pueden mañana ser los enemigos de las ideas que V. E. profesa y con V. E. un partido mas ó menos numeroso?

Pero quiere además V. E. que bajo este gobierno no se busque el término final de nuestros trabajos. ¿Cómo entenderá V. E. el progreso de la humanidad, señor San Miguel? Teníamos á V. E. por un hombre, si no revolucionario, cuando menos de aspiraciones algo altas, de algún saber, de alguna ciencia; mas hemos debido convencernos de que es V. E. hombre que, como se dice vulgarmente, no ve mas allá de sus narices. El término final de nuestros trabajos, ¿he? y bajo este gobierno? bajo el trono constitucional de su adorada reina? A qué se reducirán para V. E. nuestros trabajos? No queremos meternos en honduras; mas podemos esperar de la galantería de V. E. que nos lo explique claramente.

Señor San Miguel, señor San Miguel, ¿qué ha hecho usted de su buen juicio?

Según dice un periódico, el señor Heros se ha negado á formar parte del actual gabinete, y lo mismo el señor Olózaga, á quien, según parece, se le ofreció también la cartera de Estado.

Y dirán todavía los progresistas que son defensores y amigos del Pueblo?...

El jueves se presentó á las Cortes la interesante proposición siguiente:

Pedimos á las Cortes se sirvan decretar lo siguiente:

1.º Desde 1.º de enero de 1855 no se podrá imponer ni exigir contribución alguna general, provincial ó municipal, derecho, gabela, ni otro cualquier gravamen sobre la circulación y consumo inferior del trigo, pan cocido, arroz, patatas, alubias y demás legumbres; leche, carne y manteca de ganado vacuno, ovejuno, cabrio y de cerda; pescado fresco y salado, aceite de comer y arder, sebo, sal, jabon, vinagre, vino comun, leña, carbon vegetal mineral, lienzo, sayales, mantas y paños, bastos de consumo general.

2.º El comercio de importaciones y exportaciones de los productos comprendidos en el artículo anterior queda libre, si bien con arreglo al derecho de arancel establecido ó que se estableciere.

3.º Desde 1.º de enero de 1855 no se podrá imponer ni exigir contribución ó derecho alguno de matricula ú otro equivalente por el ejercicio de cualquier industria ó comercio.

4.º Se procederá al nombramiento de una comisión de 21 diputados encargada de examinar y dar su dictámen sobre todas las proposiciones y proyectos de reforma económica que se presenten; y de presentar á las Cortes el proyecto de ley que establezca el sistema financiero mas conveniente para el fomento de la riqueza pública y el competente ingreso del Tesoro.

Palacio de las Cortes 30 de noviembre de 1854.

De un diario moderado tomamos lo siguiente:

«Ayer se ha asegurado, con referencia a personas bien informadas, que el consejo de ministros está resuelto a tomar la iniciativa en las cuestiones de la nueva Constitución, de las quintas y de hacienda.»

En la cuestión de Constitución opina, según parece, el gabinete en favor de las dos Cámaras.

También se anuncia que presentará a la Asamblea el proyecto de ley para llamar a las armas 25,000 hombres.

En la cuestión de hacienda el gobierno está, según nos informan, decidido a que por ahora siga el mismo sistema de contribuciones establecido actualmente, sin admitir supresiones que dejarían un vacío irremplazable en los ingresos del Tesoro.»

Ya ven los pueblos cuánto vamos adelantando.

Tendremos cámara aristocrática, quintas, contribución de consumos, derechos de puertas, prisiones, que más tienen esos picares liberales?

Discurso pronunciado por el señor Pomés, diputado por Tarragona, en la sesión de ayer en apoyo de su proposición, pidiendo se exija la responsabilidad a los ministros que han infringido las leyes.

Como era de esperar, la Asamblea, en que se sientan gran parte de estos ministros y sus amigos, desechó la proposición del digno diputado catalán.

Señores: la conveniencia de la proposición que he tenido el honor de firmar, creo sea reconocida por todos los señores diputados. Sabido es que hasta ahora no ha existido la responsabilidad ministerial; pues solamente se ha limitado a los pobres y desvalidos, no habiéndose extendido jamás a los que se han sentado en ese banco (señalando al de los ministros), concibiéndose solo esta injusticia, porque siempre han tenido mayoría en el Congreso.

Desde el año de 1845 nada se ha respetado, habiendo sido la seguridad individual una de las primeras garantías de los hombres libres la que menos se ha respetado, pues con escándalo se ha visto empujada para Ultramar, perseguida y ahogada una parte considerable de la población. Haseos tratados como parias, sin la mejor consideración, habiendo sido tanto más palpable la injusticia cuanto que las iras ministeriales se cebaron contra un partido que controla la honradez.

Así se conculcaron los principios constitucionales, y una vez saltada la valla, no hubo derecho contra que no se atentase, habiendo sido la libertad de imprenta y el derecho de reunión los primeros que naturalmente se proscribieron del catecismo político del ministerio; he aquí por qué dije ayer que he visto muchas constituciones, pero ninguna que se haya observado.

Los contribuyentes de mi país, hemos satisfecho enormes contribuciones; ninguna de las cuales ha sido votada por las Cortes. De este sistema, establecido solo en nombre de la fuerza, se han seguido grandísimos inconvenientes y desgracias, pues apremiados los pueblos para el pago de una contribución muchas veces excesiva, han tenido que vender hasta lo más precioso para el sustento del individuo, y todo, señores, para mantener una falange de empleados que veía a sangre fría las dilapidaciones del poder y los apuros de los pueblos que se fatigaban únicamente para sostenerlos, y contra los cuales era imposible protestar, porque estaban apoyados por los que mandaban.

Esas personas es necesario saber donde están para que no queden impunes sus desvíos, y porque es preciso también que el día que se ha levantado la bandera de la igualdad y de la justicia, esta alcance a todos. Muchas veces se ha dicho que la responsabilidad era una mentira, y mentira será si no hacemos un ejemplar para desenmascarar al criminal. Infinitas han sido las defraudaciones, y tres veces que he sido diputado provincial, he visto numerosas reclamaciones de los pueblos que no han podido ser atendidas, porque estando ocupado el campo electoral por hechuras de los ministros, había un empeño en que se nombrara a determinados hombres.

Para que esto no se vuelva a repetir, espero que el Congreso tome en consideración la proposición que he tenido el honor de firmar, prometiendo esplanar en su día mis ideas.

Discurso pronunciado por el señor García López en la sesión del día 30 de noviembre último.

El señor GARCÍA LOPEZ: Señores, yo que soy

el más humilde de todos los señores diputados que componen las Cortes constituyentes, me veo en la precisión de hacer oír mi débil voz en el Congreso. La cuestión es gravísima, y yo no venía dispuesto a hablar en ella, por eso reclamo la indulgencia de los señores diputados.

Nosotros, señores, hemos pedido la palabra en contra de la proposición: varios señores que me han precedido en el uso de la palabra, han demostrado con argumentos convenientes el por qué lo hacían así. Solo, pues, me resta a mi exponer algunas ligeras consideraciones, puesto que otros más hábiles oradores han espuesto todo lo que podría decirse en la cuestión.

Sin embargo, reproduzco aquí todo lo que se ha dicho sobre la inoportunidad y en esto hablo en pro de los monárquicos. Digo esto, porque la cuestión es tan grave, que es indigno haberla traído cual se ha hecho como con sorpresa.

Creo, señores, que tratándose de un asunto tan importante, debería haberse moderado la impetuosidad de los que han presentado la proposición.

Se ha dicho que si suprimiese la monarquía, el país perecería; pero yo diré a los que así opinan, fundado en la autoridad de respetables publicistas extranjeros, que en la esfera política no cabe más que la libertad democrática o la tiranía, de esa libertad democrática que triunfará en breve, y cuyo triunfo será más glorioso porque vendrá a regenerar los pueblos, y en cuya época la inteligencia serán sus ministros; ese es nuestro sistema, esos son nuestros principios, esas son nuestras creencias, creencias y principios que se van haciendo lugar en el mundo, y que se verán triunfadoras, porque las apoya el derecho y la justicia.

Se ha dicho, me parece que por el señor O'Donnell, y aun no se ha contestado, que la libertad había muerto por excesos en su práctica, y entonces pedi la palabra que se ha concedido ahora, y esto, señores, no es cierto, esto, señores, no puede ser, porque la Libertad no ha muerto; repetimos, no puede morir, porque es un principio eterno, y como tal está sobre todos los poderes. Momentos hay en que su brillo desaparece como el del sol oculto por una nube que la empaña; pero esto no es la muerte, porque después vuelve a aparecer el sol con sus rayos luminosos, y su brillo es más esplendente.

La Libertad ha podido cubrir por breves instantes con negro manto su brillantez, pero no se extingue. Quede, pues, consignado que la Libertad no ha perecido, si bien es cierto que abrieron su huesa los hombres de la ominosa administración pasada y la tuvieron próxima a la tumba cuando el mismo general O'Donnell y otros ilustres generales a quienes respeto, aun cuando no participe de sus opiniones, salieron al campo de batalla para sacarla del abismo en que querían precipitarla; ese peligro inminente no fué, sin embargo, la muerte.

La Libertad es eterna, porque si morir pudiera, ya no existiría; pues los gobiernos se han dado tal prisa a anonadarla, que no ha habido exceso que no hayan puesto en práctica para destruirla, resultado también por los hechos históricos que ha podido estar oscurecida, pero nunca muerta.

Como queréis vosotros combatir la monarquía, dicen nuestros contrarios, cuando el Pueblo nada ha dicho contra ella en su revolución. Pero eso es falso, señores. El Pueblo en los primeros momentos de ella estuvo enérgico y fuerte, y solo se apaciguó cuando se le dijo que esperara a Espartero: el Pueblo esperó y no en vano; porque el ilustre caudillo llegó, y sus primeras palabras fueron: estoy dispuesto a respetar la voluntad nacional, siendo indispensable para ello aguardar a que los representantes del Pueblo determinen. Por eso, señores, la revolución no se manifestó ostensible en todos sus extremos, pues si se la hubiera dejado, mas allá hubiera ido; y necesario es la respetéis los que hoy os oponéis a sus aspiraciones, porque la revolución es una necesidad, como dijo el señor Donoso Cortés; pero no es la revolución de los miserables motines donde influyen las mezquinas pasiones, sino la revolución de las ideas y principios, esa revolución que trae consigo el tiempo y la experiencia, en que el Pueblo, dueño absoluto del poder, recobra sus derechos.

Ese día llegará, y entonces no se detendrá, será como un río impetuoso cuya corriente le arrolla y le desbarata todo. El Pueblo aprenderá, entonces a consumar su obra, ya que su prudencia os sirve de razón para deteneros en el camino de las reformas; y pueblo que vosotros contrariáis su obra, cuando sea omnipotente hará lo que tenga que hacer. Cuando se le diga que espere, no esperará, porque esperó una vez y nada consiguió. Conste que el Pueblo esperó, y conste también que de vuestros

bancos ha salido la voz que ha dicho que puesto que él no lo dijo, vosotros no lo queréis hacer.

Se ha dicho que nosotros propalamos estas ideas no por convicción, sino por rendir culto a un sistema de escuela y a nuestro propio orgullo. ¿Cómo ha podido el señor Escosura decir eso? ¿Cómo ha podido creerse que por mero gusto o capricho vengamos aquí a sostener nuestras teorías? Nosotros tenemos convicciones, y si el señor Escosura ha invocado la historia para probarnos las glorias de la monarquía, nosotros la invocaremos también en pro de las doctrinas democráticas.

Recorramosla y, ¿qué veremos? vemos al Pueblo después de tantos años de monarquía abatido, aniquilado, prodigando su sangre y sus tesoros. ¿Y cómo pensais, cómo creéis en vista de esto que no tenemos convicciones? Vosotros reconocéis que la monarquía es un mal, pero que es un mal necesario, y yo donde encuentro el mal le corto.

El Pueblo ha prodigado sus haciendas, y la España toda ha estado espuesta a un cataclismo, y por fin, gracias a esos hombres heroicos a quienes vuelvo a decir que respeto y aprecio, han conseguido salvar la Libertad; pero esto no obstante, no os avergonzáis al comparar nuestro Pueblo con el de los otros países? Nuestro gobierno es un gobierno especulativo, nos decían los monárquicos, y tenían razón, porque si volvemos la vista veremos a nuestra patria sin instrucción y sin riqueza.

Si el señor Escosura reconoce la maldad de lo actual, ¿cómo aboga por ello? Deber teneis de convertir vuestras miradas a ese Pueblo, siempre sacrificado y aliviado su miseria suerte. ¿No le habeis visto regar con su sangre las calles de Madrid, y segar sus cabezas cuando se ha levantado en defensa de la Libertad? Cuando en once años de proscripción y de abatimiento, como ha dicho muy bien el señor Orense, esa señora no oía nada ni veía nada; cuando en los momentos mismos de la revolución la metralleta diezmaba las filas de los defensores de la Libertad, no tuvo una palabra de consuelo para ellos, cuando veía correr esa sangre de verdadera hidalguía, nada hizo contra sus opresores.

Se quiere que contemos en el porvenir? Y después de todo esto se nos dice que no tenemos convicciones. Vea, pues, el señor Escosura cómo no ha debido decir obrábamos por lujo de amor propio, sino por convicción. Nosotros tenemos fe, creemos en las lecciones de la experiencia, y ya que se nos niegue la justicia, concedásenos, por lo menos, aquella.

Si por tradición debemos respetar las cosas, los asesinatos y los crímenes debían ser para nosotros sagrados, porque mas allá de la tradición monárquica están los crímenes de los hombres. También se ha dicho que no tenemos fe; y aun a esto, odiamos contestar con los mismos argumentos que hemos aducido para probar que la historia estaba de nuestra parte, diremos que nosotros venimos aquí con una doctrina fundada en los hechos y la experiencia; y como esa doctrina establece una creencia, en esa creencia tenemos fe.

Si se nos niega lo que vemos, cómo hemos de creer lo que no está al alcance de nuestra vista? Concluyo, pues, porque la hora es avanzada, y las Cortes están cansadas, pidiendo que por la dignidad del trono se dé al debate mayor amplitud, y que puesto que en la discusión de la Constitución habrá un lugar oportuno, se espere a ella. Entonces el triunfo, a no dudarlo, es nuestro; pero la razón es nuestra. Los hombres hoy no dirigen la opinión, sino que por el contrario, esta es la que los dirige; y por eso suplicaría a las Cortes no aprobaran la proposición, sino que por el contrario, la dejen para su tiempo oportuno.

TEATROS.

REAL. Función 24 de abono. —A las ocho y media de la noche. —La ópera en tres actos, *El Puritani*.

CIRCO. A las ocho de la noche. —*Catalina*. —Baile.

CRUZ. A las ocho de la noche. —*Con el diablo a cuatro*.

PRINCIPE. A las ocho de la noche. —*Adriana*.

INSTITUTO. A las ocho. —*El cuante ensangrentado*.

Baile. —*Como marido y como amante*. —Baile.

CASINO MATRITENSE. —Esta sociedad de baile celebra su quinta reunión mañana domingo, de ocho y media a una de la noche, en su local calle de Capellanes.

CIRCO DE PAUL. —Dejicia española. —Baile para mañana, de tres a seis y media de la tarde.

Juventud Española. —Baile: de siete a once de la noche.

Editor responsable, Antonio Ferreras.

MADRID. Imp. de T. Nuñez Amor, Concha, 3.